DADLES VOSOTROS DE COMER
(DOMINGO XVIII. T.O. Ciclo A)
4 agosto 2002

Es algo que se baraja mucho en nuestro tiempo. Por parte de todos. Incluso de aquellos que nos consideremos y nos decimos creyentes. Me refiero a la facilidad con que "pasamos" de los demás. Se ha acuñado, incluso, una frase que recoge perfectamente esa actitud: "Ese no es mi problema", decimos refiriéndonos a que no tenemos obligación de salir al frente de lo que preocupa el otro, o de lo que necesita. O, dicho de cara a los demás: "Ese es tu/su problema", queriendo dejar claro que el otro es el que debe buscárselas por su cuenta.

Es la insolidaridad. El "sálvese el que pueda". El "cada uno en su casa y Dios en la de todos". O aquello otro, de visos más cristianos aún: "La caridad bien entendida comienza por uno mismo".

Y, apoyándonos en esos criterios, nos alejamos del prójimo sin que sus necesidades nos interpelen y nos comprometan. Y es frecuente esta actitud. Porque, por desgracia, abundan las situaciones difíciles para muchos. En la calle, en la puerta del templo, en la casa de al lado, en algún rincón de nuestro país, en países lejanos... cuánta hambre, cuánta soledad, cuánta enfermedad, cuánta escasez, cuánto sufrimiento, cuánta explotación, cuánta marginación, cuánto paro... Y solemos girar la vista para otro lado, seguros de que eso no tiene que ver con nosotros. Si no es que hasta buscamos motivos que justifiquen nuestra indiferencia: "son unos vagos", "es una panda de corruptos"...

El Evangelio de hoy (Mt 14, 13-21) nos habla de este tema. Se nos muestra a Jesús rodeado de enfermos y de gente con hambre. Y con muy pocas posibilidades de salir de esa situación: están en descampado, es tarde... Jesús hace frente a la situación. Cura a los enfermos y sacia el hambre de todos. Allí, convirtiendo el despoblado en una gran mesa común. Repartiendo lo poco que entre todos tenían. Y todavía sobró.

Está claro el mensaje: si prescindimos de nuestro egoísmo y cada uno aporta lo que tiene, el milagro se produce. Porque, en definitiva, no es cuestión de escasez, sino de reparto. Hay para todos, si se distribuye bien. Ahora, si el ochenta por ciento de la riqueza del mundo está en manos del veinte por ciento de la población, necesariamente habrá hambre en la misma proporción de la escasez. Si un día nos atreviéramos a repartir equitativamente, cuántos problemas desaparecerían de nuestro entorno. Y esta sí que es una lucha cristiana. No olvidemos las palabras que hoy nos dice Jesús: "Dadles vosotros de comer".

Además, para el comulga, esta es actitud solidaria es inevitable. Sin duda, el pasaje de la multiplicación de los panes nos evoca, en su descripción, la Última Cena: "Tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos". El que come el pan partido y repartido de la Eucaristía no puede reservarse para sí el pan que ha recibido. Por eso, continúa el pasaje evangélico: "Los discípulos se los dieron a la gente".

El otro es también asunto tuyo. Y te sobra más de lo que crees. Reparte con generosidad.

Miguel Esparza Fernández